

PLAN DE FORMACION 2004

OBJETIVOS GENERALES

- Progresividad, dada la amplitud de situaciones del conjunto de hermanos, desde el alejamiento hasta el compromiso.
- Adaptación al nivel de exigencia y responsabilidad; los hermanos oficiales necesitarán una formación más profunda.
- Interés prioritario por los jóvenes, en abundante número dentro de la Hermandad.
- Dimensión comunitaria de la formación, como corresponde al carácter propio de las hermandades y cofradías.
- Colaboración y adhesión a las iniciativas pastorales y participación en los actos formativos promovidos por la Delegación Diocesana y la Federación de Cofradías, a través de su Vocalía de Formación y Cultos.

PROGRAMA DE FORMACIÓN.

1. Para personas que ingresan en la Hermandad (especialmente jóvenes). Actividades destinadas a presentar el compromiso cofrade como una forma específica del ser cristiano.

- Curso Básico de Formación, previo a la jura de reglas

a) ¿Qué es la Hermandad? Compromiso y espiritualidad cofrades.

El compromiso cofrade se traduce en una integración plena en la vida de hermandad, tanto en los actos de culto y formación como en otras tareas necesarias (asistencia a cabildos, esfuerzo físico, económico...). Esa integración da pleno sentido a la condición de hermanos que adquieren los miembros de la Hermandad.

Mt 12, 46-50 (Madre y Hermanos de Jesús)

Reglas XIV y XV (Derechos y Obligaciones de los Hermanos)

b) Maravillas de María, Jesús de la Paz y la Virgen del Carmen.

- Los titulares de esta Hermandad son Nuestro Señor Jesucristo, "Cautivo", venerado en la Imagen de Nuestro Padre Jesús de la Paz y la Santísima Virgen María, Madre de Dios y Madre Nuestra en sus advocaciones de **MARAVILLAS** y **CARMEN**, la primera se venera en un lienzo y la segunda en la venerada imagen dolorosa de la Virgen María- (Regla III) Jn 18, 15-18; Mt 26, 69-75; Mc 14, 66-72; Lc 22, 54-62 (Negación de Pedro)

c) Los fines de la Hermandad: culto y caridad.

Los fines de la hermandad son básicamente dos: la promoción del culto público a las imágenes titulares y la práctica de la caridad, con los hermanos y con cualquier prójimo. Ambos aspectos, de hondas raíces históricas en nuestra Hermandad, deben potenciarse por igual.

Lc 10, 25-37 (El Buen Samaritano)

Reglas VII y VIII

2. Para todos los hermanos

- Homilias de la Misa dominical, fiestas de precepto y cultos específicos de la Hermandad: tiempo ordinario, Adviento, Cuaresma, Pascua y principales festividades. Se trata de una guía de perfección cristiana, aplicada a la vida de hermandad, y que debe ser frecuentada asiduamente por los hermanos.

- Boletín periódico de la Hermandad: reflexiones para los hermanos y orientaciones propias de cada tiempo litúrgico.

3. Para los hermanos oficiales (miembros de la Junta de Gobierno). Actividades destinadas a una preparación específica, acorde a sus funciones y responsabilidades.

- Punto doctrinal de los cabildos de oficiales: tratándose diversos aspectos de interés formativo.

FORMACIÓN DE OFICIALES CURSO 2004-2005

El curso de formación para los hermanos oficiales va a estar centrado en “La Misa”, con el propósito de llegar a vivir y participar activamente en ella.

Es muy importante que, antes de empezar a profundizar en los distintos temas, tengamos claro que la Misa no es un capricho, sino una necesidad, y que no basta con estar, ¡ hay que formar parte de ella ¡.

Así pues, para comenzar y situarnos, haremos un breve repaso de la **historia y evolución** de la Misa:

La santa Misa tiene ya veinte siglos de existencia, y durante todo este tiempo la Iglesia hace lo que el Señor nos encargó.

Los primeros cristianos insertaron la celebración de la eucaristía en una cena especial, un “ágape”, palabra griega que significa “fiesta de la amistad”. En ella, cada uno traía su propia comida y bebida según sus posibilidades y luego la repartían entre todos por igual, como manifestación del amor mutuo. Al finalizar la cena, el que presidía, o sea , el obispo, celebraba la eucaristía, según el ejemplo de Cristo:” tomar el pan, bendecirlo, partirlo, pronunciar las palabras consecratorias, darlo a sus discípulos y luego hacer lo mismo con el cáliz”

Pero comenzaron a introducirse abusos en esta costumbre, y algunos hermanos ricos comían y bebían sin tener en consideración a los pobres, e incluso comenzaron a beber en exceso.

Por ello, en la segunda mitad del siglo I, se comenzó a celebrar la eucaristía por la mañana y el ágape por la noche, así se tomó la costumbre de comulgar en ayunas, y antes del siglo III el ágape desapareció por completo.

Hoy en día, además de la Eucaristía, conocemos ceremonias, ritos y oraciones que, por no pertenecer a la esencia de la Misa (ser eclesial) han ido variando a lo largo de los tiempos.

Así pues, la Misa puede decirse que tiene tres partes:

1. Liturgia de la Palabra: es la preparatoria, y abarca los ritos iniciales, las lecturas y el ofertorio. Antiguamente se la llamaba Misa de los Catecúmenos, pues servía para instruir a los que se preparaban para el bautismo.

2. Plegaria Eucarística: constituye propiamente el sacrificio, comprende desde el ofertorio hasta la comunión (ofrenda, consagración y comunión). Antiguamente se la llamaba Misa de los Fieles, y sólo podían acceder a ella los ya bautizados.

3. Acción de Gracias: se manifiesta con los minutos de silencio y recogimiento que siguen a la purificación del cáliz y preceden a la última oración.

A lo largo de este curso de formación vamos a ir analizando y profundizando en cada una de estas tres partes con el ánimo de poder llegar a participar de una forma más activa durante la Misa y así aprovechar el regalo que se nos ofrece con ella.

SIMBOLISMO DE LAS VESTIMENTAS LITURGICAS

En el Viejo Testamento, Dios prescribió expresamente ciertas vestiduras que deberían llevarse en el sacerdocio mosaico. Por ello, la Iglesia de Dios bajo su guía ha prescrito en el Nuevo vestiduras especiales que los sacerdotes deben llevar al cumplir sus sagrados deberes, en especial al celebrar el Santo Sacrificio de la Misa.

Amito: significa “cubierto”, y esto es así porque a lo largo del siglo VIII se hizo costumbre que el sacerdote se dirigiera al altar con una capucha. Es un lienzo que protege el cuello y cae sobre los hombros y la espalda. Se sujeta con dos cintas que se entrelazan delante del pecho.

Esto indica que no debe adormecerse en la ociosidad sino consagrarse fortalecido a las buenas obras y, además, demuestra que deberá tomar para sí las cargas. Que ligue los cordones del amito sobre el pecho, recordando que esta acción a punto de comenzar, que es buena por su intención y el objeto perseguido, se lleve a cabo según el querer de Dios.

Hoy en día raramente se usa, ya que su utilidad básica era la de evitar que el sudor traspasara el alba y llegara a la dalmática, cosa que actualmente no requiere su uso.

Alba: es el más antiguo de los ornamentos de la misa, significa “blanca” y el sacerdote se la pone sobre la sotana, que es su “traje de diario”. El alba simboliza la pureza de corazón, y con ella, el sacerdote expresa su abandono de lo mundano que el ofrecer el Cordero de Dios exige.

Que el alba sea blanca, resplandeciente por la pureza de sus obras; amplia para la justicia, a fin de dar a cada uno lo que es debido;

La materia prima debe ser de lino, el cual, tras sucesivas maceraciones, llega a adquirir una deslumbrante blancura. Detalle en el que se apoya el simbolismo que la Iglesia le aplica actualmente en su liturgia, como vestidura de justicia e inocencia, adquirida mediante el trabajo de la tribulación (adversidad) y la práctica de la caridad.

“emblanquéceme, Señor, y purifica mi corazón, para que, blanco y puro por poder de la sangre del Cordero, pueda gozar de los bienes sempiternos” (que no tiene fin), es lo que dice el sacerdote al revestírsela.

Cíngulo: es con los que se ciñen los sacerdotes el alba. Antiguamente, los riñones eran considerados como el asiento de la liviandad y la lujuria, y el ceñirlo significa la castidad, el contener los deseos carnales.

Por ello, el sacerdote dice mientras lo toma entre sus manos:

“Ciñeme, Señor, ciñeme con el cíngulo de la pureza y apaga en mí el fuego de la concupiscencia, para que more en mí la virtud de la continencia y de la castidad”

Así, revestido de blanco, está ya preparado para colocarse los ornamentos de color, que varían según el día o fiesta. Había tres ornamentos de color que el sacerdote llevaba en la Misa: manípulo, estola y casulla.

Manípulo: (ha dejado de usarse recientemente), era una banda de tela que colgaba del brazo izquierdo del sacerdote, que éste lo usaba cuando le hacía falta a modo de pañuelo. Con el tiempo, la iglesia ha simbolizado con él las lágrimas y el dolor humano, que Dios enjugaría con el pañuelo del gozo celestial.

El llevarlo actualmente en el brazo izquierdo designa la vida militante y mortal en contraposición con el derecho, símbolo de inmortalidad y de vida triunfante del cielo.

Estola: banda de tela de color que, colocada sobre sus hombros, cruza sobre el pecho. El uso de la estola se introdujo en el siglo IV, y parece derivarse del ropaje oficial que los jueces romanos vestían en el tribunal. La Iglesia lo ha adoptado como símbolo de la autoridad sacerdotal, y en la liturgia se compara la estola con el “vestido de inmortalidad” que recubre el alma cristiana.

Casulla: vestidura larga, por lo común con adornos, que cuelga de los hombros por el frente y la espalda.

El simbolismo cristiano denota el yugo de Cristo, de la responsabilidad como cristiano y sacerdote.

Dalmática: se llama así porque era el traje distintivo de los habitantes de la Dalmática. La amplitud de las mangas recuerdan la liberalidad: que el prelado no tenga la mano extendida para recibir y cerrada para dar, él que debe abundar en obras de misericordia y tender sus manos para ponerlas a disposición de los presentes. Los diáconos fueron los que comenzaron a usarla, y dado que su oficio fue el de distribuir entre los pobres las limosnas de los ricos, la dalmática pasó a ser símbolo de rectitud en la justicia. Por ello, cuando el diácono la viste, dice las palabras:

“Vísteme, Señor, con la vestidura de la salvación y el hábito de la alegría, y cíñeme siempre con la dalmática de la justicia”

Colores Litúrgicos

En la antigüedad no se atendió a los colores de las vestimentas, sino más bien a su riqueza y al gusto en los adornos. Más adelante, por el siglo XII, el estudio del simbolismo como manantial de belleza artística, dio paso a la generación de distintos colores litúrgicos:

- ✓ Blanco- es el color que comprende todos los colores, por tanto símbolo de Dios, y de la inocencia y pureza que ilumina plenamente el alma.
- ✓ Rojo- es el color del fuego y de la sangre, y se le emplea en las fiestas del Espíritu Santo, caridad sustancial, y de los mártires, quienes derramaron su sangre por caridad.
- ✓ Verde- representa la esperanza, porque, aun durante el crudo invierno, los verdes sembrados “ofrecen en esperanza el fruto cierto”
- ✓ Morado- color del poder y las altas dignidades. Históricamente, significa la realeza y el imperio de la gracia, fruto de la maceración y la penitencia. Usado en días de ayuno y oración.
- ✓ Rosa- puede sustituir al morado en dos domingos, uno de Adviento y otro de Cuaresma, como signo de la futura alegría que se esconde bajo la oscura y triste capa de penitencia de estas fechas.

- ✓ Negro- es la destrucción de todos los colores, por ello significa el mal y la muerte.
- ✓ Celeste- símbolo de la pureza. Se utiliza el día de la Inmaculada, y sólo es permitido su uso a España y la Orden Seráfica, porque la ardorosa e infatigable defensa que hicieron del Misterio de la Virgen María.

EL ALTAR

Para oír bien la santa misa, medita las circunstancias de la pasión del Salvador, que se renueva en ella de un modo admirable.

Preparación. -Considerad el templo como el lugar más santo y respetable del mundo, como un nuevo calvario. El altar es de piedra y encierra huesos de mártires. Las velas que arden y se consumen simbolizan la fe, la esperanza y la caridad. Los manteles que cubren el altar representan los lienzos que envolvieron el cuerpo de Jesucristo; el crucifijo nos lo muestra muriendo por nosotros. Ved en el sacerdote a Jesucristo revestido de todas las vestiduras de su pasión. El amito representa el retazo de tela con que los verdugos velaron la faz del Salvador. El alba, la vestidura blanca que por burla le puso el impúdico Herodes. El cíngulo, las sogas con que los judíos ataron a Jesús en el huerto de los olivos para conducirlo ante los tribunales. El manípulo, las cadenas con que amarraron a la columna de la flagelación. La estola, las sogas con que le tiraban al llevar Jesús la cruz por las calles de Jerusalén. La casulla, el manto de púrpura que en el pretorio se le echó sobre los hombros o la cruz con que se le cargó. En una palabra, el sacerdote revestido de los ornamentos sacerdotales nos aparece como el mismo Jesucristo yendo al suplicio del calvario. Pero también nos enseña las disposiciones con que hemos de asistir al santo sacrificio.

La modestia y el recogimiento son significados por el amito, que se coloca primero sobre la cabeza y después sobre la espalda; la pureza, por la blanca alba y el cíngulo; la contrición, por el manípulo; por la estola, la inocencia, y el amor de la cruz y del yugo del Señor, por la casulla.

Entrada del Sacerdote. Va al altar llevando el cáliz. –Ved a Jesús yendo al huerto de Getsemaní para comenzar su pasión de amor; acompañadle con los apóstoles; pero vigilad y orad con Él. Renunciad a toda distracción, a cualquier pensamiento extraño al tremendo misterio.

Al pie del altar el sacerdote ora, inclínase y se humilla profundamente a la vista de sus propios pecados. -En el huerto, Jesús se pone de rodillas rostro en tierra; humíllase por los pecadores; sudor de sangre, fruto

de su inmenso dolor, cubre su cuerpo, tiñendo los vestidos y la tierra. Toma sobre sí todos nuestros pecados con toda su amargura. Confesad los vuestros a una con el sacerdote, pedid por ellos humildemente perdón y recibid la absolución para asistir con pureza al santo sacrificio. No cabe duda de que esta sola consideración podría bastar para ocuparnos todo el tiempo del santo sacrificio. Si penetráis en las intenciones de Jesús o en su agonía, si os sentís como fijados a su lado por la gracia, no vayáis más lejos. Pero si no, proseguid con las demás circunstancias de su pasión.

El sacerdote sube al altar y lo besa. -Judas va al huerto de los olivos. Da a Jesús un beso pérfido. ¡Ah! ¡Cuántos besos de éstos no ha recibido Jesús por parte de sus hijos y de sus ministros infieles! ¡Ah! ¿No le he traicionado también yo? ...¿No le he entregado alguna vez a sus enemigos, a mis pasiones? ¡Y, sin embargo, me ha amado tanto! O también consideradle cómo sube atado a Jerusalén para comparecer ante sus enemigos. Déjase conducir con igual mansedumbre que un corderillo. Pedidle dulzura y paciencia para las pruebas que os vengan del prójimo.

Al comenzar el introito y persignarse el sacerdote. -Jesús es conducido ante el gran sacerdote Caifás. Allí, Pedro le reniega. ¡Cuántas veces no he renegado también yo de mi maestro y de su verdad y ley, así como de mis promesas! Más culpable soy que Pedro, porque si he renegado de mi Salvador, no ha sido como él por temor o por sorpresa. ¡Ay de mí! Las lágrimas de Pedro siguieron muy luego a su falta, que lloró durante toda su vida, en tanto que yo tengo aun corazón duro e insensible!

Al Kyrie. -Jesús clama a su Padre e intercede por nosotros; aceptad como El todos los sacrificios que os pidiere.

El sacerdote dice las oraciones y la epístola. -Jesús confiesa su divinidad delante de Caifás por más que se condene esta declaración con la sentencia de muerte. Fortaleced, Dios mío, aumentad en mí la fe en vuestra divinidad, para que la ame y la confiese aun con peligro de mi vida. ¡Por harto feliz me tendría si pudiera derramar mi sangre por defenderla!

El sacerdote lee el evangelio. -Jesús da testimonio de su realeza delante de Pilatos. Oh Jesús, sed el rey de mi mente por vuestra verdad, el rey de mi corazón por vuestro amor, el rey de mi cuerpo por vuestra pureza, el rey de mi vida toda, por el deseo de consagrarla a vuestra mayor gloria. Rezad después con fe y piedad el Credo, teniendo presente que el Salvador fue condenado por la defensa de la verdad.

El sacerdote ofrece a Dios Padre el pan y el vino, la hostia del sacrificio. -Pilatos presenta a Jesús al pueblo diciendo: Ecce Homo, he aquí al hombre. Está en el estado que más puede mover a compasión; acaban de flagelarlo hasta la sangre; una corona de espinas hace chorrear sangre por su cara; un viejo manto de púrpura y una caña que tiene en la mano le convierten en rey de teatro. Pilatos propone al pueblo ponerlo en libertad, mas el pueblo no quiere y contesta: Sea crucificado, Crucifigatur **(1)**. En este momento Jesús se ofrecía a su Padre por la salvación del mundo, y en especial de su pueblo, y el Padre aceptó esta ofrenda. Ofrezcoos, oh Padre santo, junto con el sacerdote, la hostia pura e inmaculada de mi salvación y la de todos los hombres; a una con esta divina oblación, os presento mi alma, mi cuerpo y mi vida; quiero continuar y hacer que vuelvan a vivir en mí la santidad, las virtudes y la penitencia de vuestro divino Hijo. O Domine, regna super nos. Cuando el sacerdote se lava las manos -Pilatos se lava también las suyas, protestando de la inocencia de Jesús. ¡Ah, Salvador mío, lavadme en vuestra sangre purísima y purificadme de tantos pecados e imperfecciones como mancillan mi vida!

El sacerdote invita a los fieles en el prefacio a alabar a Dios. Jesús, varón de dolores, aclamado poco ha por este mismo pueblo, coronado hoy de espinas, atado a un poste, recibe los honores burlescos y sacrílegos de sus verdugos; se le abruma de ultrajes irritantes; se le escupe a la cara; se le denuesta. Estos son también los homenajes que nuestro orgullo, sensualidad y respeto humano tributan a Jesucristo

Al canon, el sacerdote se inclina, ora y santifica las ofrendas con numerosas señales de cruz. -Jesús inclina sus hombros bajo el peso de la cruz; tómalas con cariño esta su amada cruz; la besa y lleva afectuosamente al ponerse en camino para el calvario encorvado bajo esta carga de amor. Lleva mis pecados para expiarlos, mis cruces para santificarles. Sigamos a Jesucristo cuando lleva su cruz y sube con harta dificultad por el monte calvario. Acompañémosle junto con María, las santas mujeres y Simón el cirineo.

El sacerdote impone las manos sobre el cáliz y la hostia. -Los verdugos se apoderan de Jesús, despójale violentamente de sus vestiduras y le extienden sobre la cruz, en la que le crucifican. Consagración y elevación. -El sacerdote consagra el pan y el vino, convirtiéndolos en cuerpo y sangre de nuestro señor Jesucristo. Hincando la rodilla adora al Salvador, a Dios verdadero y realmente presente entre sus manos, elevándolo después y presentando a las adoraciones del pueblo. Representaos a Jesús levantado en cruz entre cielo y tierra, como

víctima y mediador entre Dios irritado y los pobres pecadores. Adorad, ofreced esta divina víctima para expiación de vuestros pecados y los de vuestros parientes y amigos y de todos los hombres en general. Decidle del fondo del corazón prosternándoos a sus pies: "*Sois mi señor y mi Dios.*" Adorad a Jesús extendido sobre el altar, como en otro tiempo sobre la cruz, adorando a su Padre en el anonadamiento más completo de su gloria, dándole gracias por cuantos bienes ha concedido a los hombres, que son hermanos suyos, y hermanos rescatados por El, mostrándole sus llagas aún abiertas, que claman gracia y misericordia por los pecadores, suplicando por nosotros con súplica tal, que el Padre en modo alguno puede dejar de escucharla, por venir de su Hijo, del Hijo inmolado por su gloria por puro amor. Rendid a Jesús aquellas mismas adoraciones que El ofrece a su Padre. Os adoro, oh Salvador mío, realmente presente en este altar para renovar en mi favor el sacrificio del calvario. ¡A Vos que sois el Cordero todavía inmolado todos los días, bendición, gloria y poder por los siglos de los siglos! Os tributo y nunca cesaré de tributaros perpetuas acciones de gracias, porque me habéis amado tanto.

El sacerdote, profundamente inclinado, invoca la clemencia divina para sí y para todos. -Escuchad a Jesús decir a su Padre: Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen. Adorad esta bondad que hasta a los culpables excusa, no dándoles ni siquiera el nombre de enemigos o de verdugos. ¡Perdonadme, oh Salvador mío; más culpable que ellos soy yo; bien sabía que sois el Mesías, mi salvador y mi Dios, y, sin embargo, os he ofendido! Perdonadme, que vuestra misericordia será por lo mismo mayor y más digna de vuestro corazón; seré un pródigo, pero no por eso dejo de ser hijo vuestro, y heme arrepentido a vuestras plantas.

El sacerdote ruega por los muertos. Jesús ruega en la cruz por los espiritualmente muertos, por los pecadores, y su oración convierte a uno de los criminales que comenzaron por insultarle y blasfemar contra El. "Acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu reino", le dice el buen ladrón. Y Jesús le contesta: "Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso." ¡Pueda también yo, Dios mío, hacer en la hora de la muerte la misma oración y oír la misma promesa! Acordaos de mí en aquel trance tremendo, así como os habéis acordado del ladrón penitente.

Al Pater, el sacerdote invoca al Padre celestial. -En la cruz Jesús encomienda su alma al Padre. Pedid la gracia de la perseverancia final.

Al Libera nos, el sacerdote pide la preservación de los males de esta vida. -A causa del amor que nos tiene, Jesús siente sed de nuevos

sufrimientos y bebe hiel mezclada con vinagre para expiar nuestros pecados de gula.

El sacerdote divide la santa Hostia. -Jesús inclina la cabeza para dirigirnos una mirada más de amor, y expira diciendo: Todo se ha consumado.

Adora, alma mía, a Jesús que muere; su alma se ha separado de su cuerpo; repara en cómo ha muerto por ti, y aprende tú también a vivir y morir por El. Pedid la gracia de una buena y santa muerte entre los brazos de Jesús, María y José.

Al Agnus Dei, el sacerdote se da tres golpes de pecho. -Al expirar Jesús, el sol se eclipsa de dolor, la tierra se estremece de horror y los sepulcros se abren, danse golpes de pecho los verdugos, desagranan a Jesús pendiente en la cruz, proclamándole hijo de Dios, y vuelven contritos y perdonados. Uníos al pesar que entonces experimentaron, y mereceréis perdón lo mismo que ellos.

El sacerdote se da golpes de pecho y comulga: -Jesús es bajado de la cruz y puesto en las manos de su dolorosa madre. Embalsámanle, le envuelven en un lienzo blanco y le colocan en un sepulcro nuevo. ¡Oh Jesús mío!, cuando venís a mi cuerpo y a mi alma, mi corazón debiera ser, no ya sepulcro, sino' templo adornado con toda suerte de virtudes, blanco y puro, donde no reine nadie más que Vos. Yo os ofrezco mi alma por morada: habitad solo en ello y sed su dueño. Nunca sea yo para Vos sepulcro de muerte, sino sagrario vivo. ¡Ah, sí, venid a mí que sin Vos me muero! -Seguid al alma de Jesús cuando baja a los limbos y anuncia a las almas de los justos su liberación. Uníos a su regocijo y gratitud y cobrad cariño para siempre a vuestro salvador y Dios.

El sacerdote purifica el cáliz y lo cubre con el velo. -Jesús sale del sepulcro glorioso y triunfante, si bien ocultando por amor a los hombres el resplandor de su gloria. Oraciones de acción de gracias.-Jesús invita a los suyos a regocijarse por haber triunfado sobre la muerte y el infierno. Uníos a la dicha de los discípulos y de las santas mujeres al aparecérselos Jesús.

El sacerdote bendice al pueblo. -Jesús bendice a sus discípulos antes de subir al cielo; inclinaos bajo su mano y esperadlo todo de esta bendición que produce lo que promete.

El sacerdote lee el último evangelio. -Casi siempre es el de san Juan, en que se describe la generación eterna, temporal y espiritual del Verbo encarnado.

Adorad a Jesús, que ha subido al cielo para prepararnos un puesto, contempladle reinando desde un trono de gloria y enviando a los apóstoles su Espíritu de verdad y de amor. Pedid que este divino Espíritu habite en vosotros; que dirija cuanto vais a emprender hoy; que la gracia del santo sacrificio os santifique todo el día y lo fecundice en obras de gracia y salvación.